

L-609-16 FM/999

CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. Y RYMO. SEÑOR

DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ,

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ,

DIRIGE Á TODOS SUS DIOCESANOS

AL INAUGURAR SU PONTIFICADO



MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1902

CARTA PASTORAL



FM/999

CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR

DR. D. VICTORIANO GUISASOLA Y MENÉNDEZ,

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ,

DIRIGE Á TODOS SUS DIOCESANOS

AL INAUGURAR SU PONTIFICADO



Reg.^o 2376.

MADRID

Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1902

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Confianza en Dios al aceptar la traslación á esta Diócesis.—Angustiosas circunstancias presentes.—Contra el naturalismo secularizador la doctrina cristiana, corroborada con la sana razón y la enseñanza de la historia.

I

Funesto divorcio entre lo espiritual y lo material en vez de su debida armonía.—Menospreciando el orden espiritual, decaen también las ciencias, las artes y los adelantos materiales.—La tendencia antiespiritualista es efecto de las máximas protestantes.—El remedio está en la restauración cristiana.

II

El Estado sin Dios.—Relación necesaria entre la Iglesia y el Estado.—El Estado, lo mismo que el individuo, debe á Dios sumisión, reverencia y amor.—No es el estado social fruto de ningún pacto, sino dispuesto por Dios.—Así lo ve la razón natural y lo declara la revelación divina y lo muestra la historia.—Los deberes del Estado para con Dios, Dios mismo los ha determinado.—León XIII explica las mutuas relaciones entre la Iglesia y el Estado.—Derechos y deberes de aquélla y de éste.—Una y otra potestad es soberana en su esfera, y ambas deben estar ordenadas entre sí, como el alma y el cuerpo.—Violando el Estado sus deberes religiosos, perjudica á sus subditos,—les coarta sus sentimientos íntimos—y establece un antagonismo peligroso entre la vida interior y la exterior.

III

Mayor necesidad de la verdad religiosa en el Estado moderno.—Prescindiendo de ella, se hace odioso presentándose cual mera fuerza,—y provoca la resistencia.—Cuanta más expansión tenga la libertad y el progreso material, más necesaria es la Religión.—No suple su vacío la razón humana, ni la autoridad pública.—El Estado se torna tirano,—particularmente metiéndose á enseñar.—En-

tonces usurpa los derechos paternos,—y los maternos de la Iglesia;—y los imprescriptibles de Dios;—y es tirano del niño, á quien secuestra.—Consecuencias funestas.—Esa tiranía destruye la noción del derecho.

IV

La secularización del Estado perjudica al progreso material y social,—porque ocasiona el desequilibrio entre la vida espiritual y la corporal.—La grandeza material viene á tierra faltando la virtud.—Por la puerta que salga la Iglesia, entrarán sin falta el socialismo y el anarquismo.—Son consecuencia lógica del Estado apóstata.—Lázaros y Epulones.—Ya se los ve venir.—El pobre sin religión, en vez de trabajar, quiere gozar.—El cambio de las condiciones económicas provoca el socialismo.—Los capitalistas sin religión serán sus principales causantes.—Si oyeran á Cristo, mirarían como hermanos menores á los pobres.—A su vez, el pobre que oye á Cristo, vive contento y tranquilo.—Fuera de la Iglesia no hay medio de resolver el conflicto actual.—Es quimérica la esperanza de que las mismas aspiraciones socialistas puedan plantearse tranquilamente.—La Religión y sólo ella tiene el remedio.—¿Podremos esperararlo?—León XIII y la *democracia cristiana*.

V

Saludo paternal á todas las clases eclesiásticas y seglares.—Invocación á los Santos protectores de la Diócesis.



NÓS EL DR. DON VICTORIANO GUIASOLA Y MENÉNDEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC.

*A Nuestros Venerables Hermanos
Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral,
Abad y Cabildo de la Magistral de Alcalá de Henares, Arciprestes,
Párrocos, Coadjutores y demás Clero diocesano,
á los Superiores, Catedráticos y alumnos de Nuestro Seminario
Conciliar, á las Comunidades religiosas de uno y otro sexo,
á las Cofradías, Hermandades y Asociaciones católicas
y á todo el pueblo fiel de este Obispado,*

SALUD, PAZ Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS: Manifestada la voluntad divina respecto de Nuestra humilde persona, al dignarse S. M. la Reina (q. D. g.) Regente del Reino, en nombre de su augusto Hijo, presentarnos á la Santa Sede para el régimen de esta importantísima Diócesis de Madrid-Alcalá, y al aceptar benigneamente nuestra presentación el Vicario de Jesucristo y encomendarnos el pastoreo de esta insigne porción de la grey divina con el sagrado vínculo de místico desposorio, postrados en la presencia del Señor hémonos entregado totalmente á los designios inescrutables de su Providencia, con profunda

confianza, igual á la confusión producida en Nuestro espíritu por el conocimiento de la debilidad de Nuestras fuerzas y de la escasez de Nuestros méritos, *echando sobre Él toda Nuestra solicitud, porque Él tendrá cuidado de Nós*, como nos lo dice San Pedro ¹. Adorad todos rendidamente con Nós los pensamientos y los caminos de Dios, que *se levantan sobre los pensamientos y caminos de los hombres como los cielos se levantan sobre la tierra* ². Entendemos que, según los designios divinos, si en los orígenes de este Obispado fué conveniente que lo rigiesen Prelados tan eminentes en virtud, saber y apostólico celo, como los tres que Nos han precedido, parece ahora conducente á su mayor gloria la elección de un instrumento flaco é inhábil, para que se verifique lo que escribió San Pablo: *que Dios escogió lo sin juicio para confundir á los sabios y las cosas flacas para confundir á los fuertes, para que ninguno se glorie delante de Él* ³.

A no alentar firme é inquebrantable esta esperanza en Nuestro pecho, ¿cómo Nos presentáramos entre vosotros á desempeñar un ministerio siempre *formidable, aun para hombros de ángel*, al decir del Tridentino? ⁴. Y mucho más en circunstancias como las actuales, en las que, presa de mortales zozobras los ánimos y angustiados los corazones por presentimientos fatídicos, la paz parece desterrada del mundo, universal inquietud reina en todas las esferas de la vida, y los más caros y fundamentales intereses humanos, la Religión y el orden social, están amenazados de próximo naufragio entre las cenagosas olas de todas las concupiscen-

1 I. Petr. V, 7. 2 Isai., LV, 8. 3 I Cor. I, 27. 4 Sess. VI, cap. I *De reform.*

cias, embravecidas al impulso de horrendas conmociones abajo y de furiosos huracanes arriba. Porque seguramente convendréis con Nós en que si en algo estamos todos unánimes á la hora presente, es en sentir que atraviesa la sociedad en general por una de las crisis más hondas y agudas de su historia; como que no se trata ya de la prosperidad ó ruina de uno ó varios pueblos, ni siquiera de algún grave conflicto ó choque entre diversas naciones, sino que están puestas en inminente, pavoroso peligro la constitución íntima y la misma existencia de la vida social.

Los momentos son ciertamente decisivos y solemnes, porque los profundos y sordos bramidos, que se escuchan en derredor nuestro, presagian la cantidad de fluido eléctrico acumulado en la vecina nube; pero nadie podrá afirmar que los sucesos vienen inesperados, y no paso á paso por una ilación perfectamente lógica de ideas y de hechos.

Poner sencillamente de manifiesto el proceso correlativo de aquéllas y éstos; estudiar los elementos morbosos generadores del general y hondo malestar; determinar la causa primordial de aquéllos y señalar los remedios eficaces que deben aplicarse con urgencia al cuerpo social, estimamos ser empresa de palpitante interés y labor á propósito para que con ella preferentemente inauguremos entre vosotros, venerables Hermanos y amados Hijos, Nuestro apostolado por medio de esta CARTA PASTORAL, oponiendo á las insensatas corrientes, naturalistas y secularizadoras, que recientemente han intentado nuevos avances en nuestra Patria, el robusto dique de las santas y salvadoras doctrinas de la Revelación, de los principios inconcusos de la sana Filosofía y del testimonio irrecusable de la Historia; con lo cual, á

la vez que satisfacemos desde luego el deber imperioso de *apacentar la grey*¹ cuya guarda Nos ha sido encomendada, aspiramos también á secundar las miras altísimas del inmortal Pontífice León XIII, enderezadas á la solución pacífica del arduo problema político-social contemporáneo con los medios propuestos en sus luminosas Encíclicas, por católicos y no católicos celebradas, mas desgraciadamente no bastante atendidas aun por muchos de los que protestan ser hijos fieles de la Iglesia.

¹ I Petr. V, 2.

Desde los comienzos de la época moderna, interrumpida torpemente por el protestantismo la marcha majestuosa de la civilización católica, dos movimientos paralelos, pero en sentido contrario, vienen impulsando á la sociedad: el uno de investigación é incremento en el orden material; el otro de menosprecio y negación en el espiritual. Tiende el primero á engrandecer y como espiritualizar á la materia; y el segundo á empequeñecer y materializar la vida del espíritu. ¡Lástima grande que exista tal contrariedad en dichos movimientos! Pero ella no procede, ciertamente, de la naturaleza y condición de la esfera respectiva en que se desenvuelven; el mundo de la materia y el del espíritu, aunque distintos, lejos de ser opuestos, antes reclaman, así por la unidad de su origen, como por la íntima relación de sus medios y la subordinación de sus fines, recíproca armonía en su marcha y desarrollo.

Así, la luz y el poder de la materia son base de los adelantos del espíritu, y éstos, á su vez, realzan y ennoblecen al mundo inferior de la naturaleza, y en ese mutuo enlace se perciben con mayor claridad el espléndido cuadro de la creación y la infinita grandeza de su Hacedor. Mas discordes y divorciados esos dos mundos por contrarias tendencias, las negaciones del espíritu llevan apareja-

das en su fondo las de la materia; la obra de la creación es un enigma insoluble y Dios casi desaparece del horizonte humano.

Veamos, si no, lo que acontece con ese movimiento de regreso en el orden espiritual. La verdad religiosa, que es lo más encumbrado de él, decae de lo sobrenatural á lo natural, de las ideas á los sentimientos, de la vida pública á la privada, y aun á la particularísima ó puramente interior del individuo; con lo cual la Religión, si muere subjetivamente, por decirlo así, cuando se la hace descender de su condición propia, que es lo sobrenatural, se asfixia al decrecer en su extensión, porque es indudable que la vida interior se extingue si no se manifiesta, y que la vida privada se nutre mucho de lo que aspira en la atmósfera social.

Decae, pues, la Religión, á causa de ese movimiento descendente del espíritu; pero decaen con ella las ciencias por la falta de principios, las artes por la pérdida de sus inspiraciones más altas, los mismos adelantos materiales por la ausencia de elementos vivificadores, y la sociedad, en fin, por esa corriente destructora de todos sus órdenes; corriente que en nuestros días, condensándose en dos sistemas absurdos, cual última consecuencia del citado movimiento, ataca al corazón mismo de la sociedad, á su organismo viviente el Estado, para destruirlo en su constitución actual, ó para eliminarlo por completo y para siempre con la desaparición de todo vínculo de autoridad.

Lo anómalo y contradictorio de ese movimiento anti-espiritualista, y sobre todo la consideración de sus desastrosos resultados, Nos obliga á señalar brevemente sus cau-

sas y la situación actual de las mismas. Son éstas: por una parte, el impulso violento producido por la reforma protestante; al ataque á la Iglesia, muro y columna de lo sobrenatural, en nombre de la fe, se siguió ineludiblemente el ataque á lo sobrenatural y á la fe en nombre de la razón, para llegar, por la marcha fatal del error, al ataque á la razón, á todo lo inmaterial, en nombre de la sensación: por otra parte, el rápido y extraordinario progreso material, que al atraer á sí toda la actividad humana, dejó en la inacción las más elevadas tendencias del espíritu—y sabido es que la inacción es el primer paso hacia la muerte—; y por último, la influencia, tan avasalladora como perniciosa, de la política moderna, que, derivada en sus bases fundamentales de la Revolución francesa, lleva inoculado el virus irreligioso, que inficionaba aquel acontecimiento, virus emponzoñado que se ha ido extendiendo á los individuos y debilita, cuando no extingue, la vida religiosa de éstos.

La situación actual de esas tres principales causas permite hoy una acción eficaz sobre sus efectos. El protestantismo ha perdido toda su fuerza motriz en la marcha de la sociedad, al encontrarse exánime, dividido y desmenuzado en mil y mil fracciones; la civilización material, desplegada casi toda su grandeza, parece tender visiblemente á ensanchar el ánimo y dirigirlo á más altas regiones; finalmente, relegada á lugar secundario la importancia atribuída á las formas de gobierno, va disminuyendo la violencia de las pasiones políticas y renace la serenidad de la reflexión para investigar y observar dónde se halla el bien y dónde el mal y el peligro.

Hállase, pues, la sociedad en vías de salvación, aun cuando á primera vista, esta afirmación pueda parecer á alguno un tanto aventurada. Las causas generadoras del movimiento irreligioso, germen de todas las ruinas, han decrecido notablemente en las regiones del pensamiento: las últimas consecuencias, que se intenta llevar á la práctica en los días presentes, son como la voz de alerta, que avisa al cuerpo social del inminente riesgo que corre: una grande expectación y ansiedad agita todos los ánimos en busca de la solución y el remedio.

¿Cuál será éste, venerables Hermanos y amados Hijos? Evidentemente no hay otro que una sincera y universal restauración cristiana, por la cual la verdad religiosa, recobrando su debido lugar, vigorice á la sociedad en todos sus elementos, la engrandezca y la encauce hacia una suave transformación de todo su organismo. Asistimos á la gestación de una nueva época histórica: si no se quiere que nazca entre los horrores de una gran catástrofe social, es necesario dejar libre la acción de la Iglesia para que la administre el bautismo de paz y regeneración como á las épocas pasadas.

Consideramos, por tanto, de interés apremiante, á fin de que la convicción sobre este punto se apodere de los ánimos, presentar á la vista de todos, y aun vulgarizar de una manera sencilla y al alcance de las inteligencias menos cultivadas, como *deudor* que somos *á sabios é ignorantes*¹, las relaciones íntimas de la verdad religiosa con la sociedad y el Estado, y veremos brillar la necesidad de aquélla

¹ Rom. I, 14.

y de su influencia restauradora para la constitución social en sí misma por su propia naturaleza, y para el Estado en general, y todavía más especialmente para la sociedad y el Estado contemporáneos, por sus peculiares caracteres y por razón del problema social, que reclama solución urgentísima.

II

Al ocuparnos con preferencia, venerables Hermanos y amados Hijos, en el estudio de la sociedad y del Estado en general ante la verdad religiosa, atendiendo únicamente á la naturaleza de aquéllos y á lo que á ésta de derecho corresponde, á fin de rechazar la tendencia de neutralidad ó negación en lo alto del orden social, debemos antes fijar con brevedad algunos conceptos. La sociedad, ó congregación de los hombres entre sí para los fines necesarios y generales de la existencia, puede ser considerada, ó por parte de la base que la constituya, á saber, los individuos, ó por parte del organismo con que se presente realizada, esto es, el Estado, cuyo vínculo formal es la autoridad.

Descartado desde luego, por ser abiertamente opuesto y repulsivo á la razón, el ateísmo social absoluto, tenemos por mucho más peligrosa la teoría hoy en vigor, bajo distintos matices, según la cual no puede la sociedad prescindir de la verdad religiosa, considerada aquélla por el lado de los individuos, pero puede y aun debe, considerada por parte del Estado, á quien se supone no ligan con Dios los títulos que al individuo, ya porque no sea aquél obra de Dios, sino de los hombres, ya porque en orden á los individuos no tenga deberes religiosos ni misión ni medios de determinarlos. Hay en esto un error y una confusión lastimosa, porque los mismos vínculos y en consecuencia los mismos deberes

tiene el Estado con respecto á Dios que el individuo; y una cosa es que no determine por sí mismo esos deberes, ni pueda ligar la conciencia cual maestro de Religión, y otra muy diversa que no puedan aquéllos ser determinados en modo alguno y que esté privado de toda relación con el interior de los individuos, como se pretende. No se para la atención en que hay verdad concreta y determinada, que á todos es patente y segura, por medio de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, y también por la sana razón, puesto que el estado social es necesario y connatural al hombre, proviene del autor de la naturaleza humana.

Ligan, ciertamente, al Estado con Dios los mismos vínculos supremos que al individuo, de creación, providencia y redención. Dios, Señor del hombre como individuo, lo es también de la sociedad. La mano divina, que informó el corazón del hombre, grabó en el mismo el impulso necesario hacia la sociedad. *No es bueno que el hombre esté solo, dijo el Señor Dios* ¹, y estas palabras, reveladoras de la divina voluntad como título de origen de la sociedad doméstica, lo son también de la sociedad civil. No es esta, no, obra arbitraria del hombre: aquel "pacto social" ideado por el filósofo precursor de la enciclopedia, no tiene más fundamento que la fantasía de su autor, aunque pueda llevar en germen como triste consecuencia la *humanización*, digámoslo así, ó secularización absoluta de la sociedad y de su constitutivo orgánico la autoridad. Pues si el estado social fué obra de convenio entre los hombres, en la colectividad no entra elemento alguno divino; el soberano no es

¹ Genes., II, 18.

más que un mandatario del pueblo; y reclamarán sus derechos la reacción hacia el estado natural del hombre, y la anarquía, la reintegración completa en el mismo.

Tal teoría, medio astuto por el que, distinguiendo entre el origen de la sociedad y el de los individuos, se quiere conciliar el ateísmo del Estado con la religiosidad de sus miembros, aparte de la falta de datos y fundamentos en la historia, que no se encuentran por parte alguna en su favor, es absurda en sí misma y está en pugna con el ser propio de la naturaleza racional. Hombres sin lenguaje perfecto y con ideas á lo más sensibles, cuales se les supone arbitrariamente antes de formar sociedad, poniéndose de acuerdo sobre asunto tan complejo como la organización social y obligándose hasta la cesión mutua de sus derechos personales, son lo más soberanamente inconcebible. Para ello, además, hay que cerrar los ojos á nuestra manera de ser: todo espíritu imparcial que dirija una mirada serena al fondo del alma humana, especialmente al entendimiento, advierte al punto, que si sus fuerzas naturales aisladas valen poco más de cero, sumadas con otras se multiplican y elevan hasta muy alta potencia. ¡Tan hondo está el carácter social en el hombre!

Mas si es una necesidad imprescindible de la naturaleza humana la sociedad, como asimismo para ésta la autoridad, cual forma orgánica que mantiene unidos los diferentes miembros entre sí, no pudiendo ser obra del hombre el estado social, como no lo es su naturaleza, es cosa patente que la sociedad y la autoridad son obra del Hacedor Supremo. Bien claramente lo manifiestan las Sagradas Letras: *Del Señor es la tierra y su plenitud*,—exclama inspi-

rado David,—*la redondez de la tierra y todos sus habitantes*¹. *Por mí reinan los reyes* — dice Dios mismo,—y los legisladores decretan lo justo: *por mí mandan los príncipes y los poderosos decretan justicia*². Y el Rey más sabio inculca esta verdad de un modo terminante á reyes y príncipes: *Oid, reyes, y entended; aprended vosotros, jueces de toda la tierra..... Porque de Dios os ha sido dado el poder y del Altísimo la fuerza*³. La cual verdad proclamó el Apóstol de las gentes ante el mundo entero, encerrándola en esta breve frase: *No hay potestad sino de Dios*⁴; de la que sacó luego, como sapientísimamente ha dicho León XIII⁵, esta consecuencia: *El príncipe es ministro de Dios para el bien de sus súbditos*⁶.

Unida á Dios la sociedad, venerables Hermanos y amados Hijos, por el vínculo de origen, ha de estarlo también por los de conservación y restauración, que son necesaria secuela de aquél. Con claridad meridiana muestra la Sagrada Escritura á la Providencia y la Redención divinas en el campo de la vida social: *Toca tu sabiduría con fortaleza, Señor,—prorrumpes admirado Salomón,—del uno al otro confín, y todo lo dispone con suavidad*⁷. *Juzgas á los pueblos en equidad*—dice el Real Profeta—*y diriges á las gentes en la tierra*⁸; y mirando á lo porvenir, lanza al mundo la promesa del Eterno Padre á su Unigénito como Redentor: *Te daré en herencia los pueblos y en posesión todos los confines de la tierra*⁹; promesa que el Angel del Apocalipsis recogió alborozado, aclamándole *Rey de reyes y Señor de los que dominan*¹⁰. Lenguaje divino que la

1 Psal. XXIII, 1.

2 Prov., VIII, 15 et 16.

3 Sap., VI, 2 et 4.

4 Rom., XIII, 1.

5 Enc. *Diuturnum illud*.

6 Rom., XIII, 4.

7 Sap., VIII, 1.

8 Psal. LXVI, 4.

9 H., II, 8.

10 Apoc., XVII, 14.

historia, con su muda pero elocuente voz, ha patentizado en el inmenso desenvolvimiento de sus hechos. Allí aparecen al ánimo observador generaciones que pasan, dinastías que caen, imperios que se derrumban, civilizaciones opuestas que chocan y se confunden, pueblos vírgenes que ingieren en otros anémicos la savia de su vida, luchas interiores que purifican á los pueblos..... Mas sobre esa serie de cambios, transformaciones, luchas y ruinas se descubre una dirección y norma suprema, una armonía universal, que liga lo pasado, lo presente y lo futuro; manifestación palmaria de la mano omnipotente que rige los destinos sociales.

La historia también nos indica que, mientras la salvadora verdad de Jesucristo no pasó de los individuos á informar la colectividad humana en su organismo, los pueblos no cambiaron de faz ni aparecieron como redimidos por el Salvador del mundo. Todo lo llenaba ya el Cristianismo en los comienzos del siglo III, según la conocida frase del Apologista africano: el palacio, el senado, el foro, los campamentos, y quedaban vacíos los templos de los falsos dioses¹; sin embargo, eran los calamitosos tiempos de Geta, Caracalla y Heliogábalo, en que la crueldad, el despotismo y todas las villanías se enseñoreaban del imperio. ¡Ah! era que el Cristianismo reinaba en los individuos, pero no en el Estado; estaba efectuada la redención individual, mas faltaba la colectiva; porque la sociedad, como tal, no menos que el individuo, demanda los saludables beneficios de aquélla.

De lo expuesto se infiere que la sociedad en sí misma,

¹ Tert: *Apologet.*, cap. XXXVII.

hija de Dios, dependiente de su Providencia y sujeta á su Redención, tendrá para con Aquél los mismos deberes generales que al individuo obligan por esos tres poderosos vínculos. ¿Cuáles son estos deberes? Los de sumisión, reverencia y amor. Si el hombre, por modo tan íntimo, de Dios depende, á Él debe estar sometido; si de su pródiga mano recibe beneficios incesantes, debe mostrarle agradecimiento y veneración; y si toda bondad está en su Creador, debe amarle.

Mas ¿cómo han de ser esa sumisión, reverencia y amor? ¿Lo ha determinado Dios mismo, ó lo ha dejado á la libre espontaneidad del hombre? Evidentemente es imposible esto último: Él, que dió leyes á todos los seres y todo lo ordenó en número, peso y medida, no pudo dejar sin norma fija á la voluntad humana en asunto tan trascendental, que entraña sus más altos deberes y constituye la base de todos los demás, máxime cuando en ese punto es tan fácil á la inteligencia el camino del error y á tan varios y opuestos cambios se halla sujeto el libre albedrío por el impulso de las pasiones. Pero Dios lo ha determinado de hecho: al oído del primer hombre sonó imperiosa é inequívoca la voz del Altísimo, que le señalaba las normas seguras de su vida religiosa y moral.

Esa revelación primitiva, de que el pueblo escogido se nos presenta como depositario y paladín en la historia, y cuyos fragmentos esparcidos y confusos por los extravíos humanos se ven brillar á manera de luces fugitivas y vagas entre el montón tenebroso de los errores y delirios paganos, la presentará el Hijo de Dios, en el promedio de los tiempos, aclarada, libre de obscuridades y sombras, y

elevada á mayor altura de perfección, asegurándola en su Iglesia sobre firmes bases y revistiéndola de garantías incontrovertibles para el ser racional del hombre. Los divinos prodigios obrados en todo lugar, momento y ocasión en testimonio de esa doctrina celestial; la sublime y consoladora pureza de la misma, base de toda perfección, en armonía con los más íntimos anhelos del alma, lazo de unión entre los hombres y fuente de felicidad para los pueblos; el mundo y la sociedad cambiados desde sus cimientos por la sencilla palabra de doce pobres pescadores; la institución de la Iglesia continuadora de la misión de Jesucristo, siempre estable é igual en medio de las vicisitudes de los siglos y á pesar de todos los ataques; de un lado una muchedumbre de testigos de toda clase, edad, pueblo y condición, que firman con su sangre la verdad cristiana, y de otro una legión innumerable de hombres de toda raza, carácter y cultura, que sellan con el adiós al mundo y la muerte mística la santidad de la misma doctrina, ¿qué son sino las más sólidas garantías y pruebas de que ahí está la determinación hecha por Dios de cómo ha de ser acatado, reverenciado y amado?

Luego existe, venerables Hermanos y amados Hijos, la verdad religiosa, perfectamente definida, cuya custodia compete á la Iglesia, para fijar los deberes y relaciones del individuo y del Estado con respecto á Dios. Queda obligada en general la autoridad del Estado, por el deber de la sumisión, á no dictar en sus leyes cosa alguna que se oponga á la ley santa de Dios en esa verdad contenida, sino antes bien á conformar sus decisiones á la divina Ley: por la reverencia, á fomentar y proteger el culto exterior y público;

y por el amor, á informar sus instituciones y organismo en la divina Bondad: todo en armonía con la verdad revelada. Ni puede objetar el Estado su ignorancia é incompetencia acerca de la verdad religiosa, pues á su lado tiene á la Iglesia, sociedad hermana, establecida por Dios como depositaria infalible y maestra universal de la verdad en el orden religioso.

Mutuas relaciones, por tanto, enlazan al Estado y á la Iglesia, que no pueden ser desconocidas ni vulneradas. Las cuales han sido maravillosamente expuestas, con la sabiduría y alteza de miras que le son propias, por nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII ¹: “Dios—dice—ha hecho „compartícipes del gobierno de todo el linaje humano á dos „potestades, la eclesiástica y la civil; ésta, que cuida directamente de los intereses humanos y terrenales; aquélla, de „los celestiales y divinos. Ambas á dos potestades son su- „premas cada una en su género; contiénense distintamente „dentro de términos definidos conforme á la naturaleza de „cada cual y á su causa próxima, de donde resulta una „como doble esfera de acción, donde se circunscriben sus „peculiares derechos y atribuciones. Mas como el sujeto „sobre que recaen ambas potestades soberanas es uno „mismo, y como por otra parte suele acontecer que una „misma cosa pertenezca, bien que bajo diferente aspecto, á „una y otra jurisdicción, claro está que Dios providentísimo „no estableció aquellos dos soberanos poderes sin consti- „tuir juntamente el orden y el proceso que han de guardar „en su acción respectiva. *Las potestades que son, están por „Dios ordenadas*” ².

¹ Encicl. *Immortale Dei*. ² Rom. XIII.

De esa manera tan clara y explícita el Sumo Pontífice asienta los dos principios fundamentales de las relaciones entre ambas potestades eclesiástica y civil: primero, *son supremas cada una en su género*; segundo, *deben estar ordenadas entre sí*; con los cuales se evitan los dos terribles escollos en que se puede caer: la subordinación absoluta y total de alguna de las dos potestades á la otra, ó la separación entre ambas.

¿Cómo se aplica aquel primer principio? “Conteniéndose „cada una distintamente dentro de términos definidos conforme á la naturaleza de cada cual y á su causa próxima.” La naturaleza, pues, de la Iglesia, por su origen, medios y fin, así como su causa ú objeto inmediato, demandan “todo „lo que tenga razón de sagrado, pertenezca á la salvación „de las almas ó al culto de Dios”¹, como al igual el Estado por los mismos conceptos reclama para sí “las demás cosas „que el régimen civil y político como tal abraza y comprende”²; cumpliéndose aquello que Jesucristo mandó expresamente, de dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César³. “Mas en los negocios mixtos, en que „intervienen ambas potestades, es muy conforme á la „naturaleza de las cosas y á la providencia de Dios, no „la separación, ni mucho menos el conflicto entre una y „otra potestad, sino la concordia”⁴.

No hay temor, con esta luminosa enseñanza del gran Pontífice de nuestros días, de absorción de alguna de las dos potestades, lo que produciría la confusión entre sí, igualmente dañosa para la Iglesia y el Estado; peligro fecundo

1 Enciel, cit. 2 Ibid. 3 Ibid. 4 Ibid.

en males, que la historia señala en los Monarcas del Bajo Imperio, en las tendencias galicanas y febronianas de Francia, y con el regalismo cesarista á fines del siglo XVIII en España; que llegó hasta el cisma en la autocrática Rusia y á la herejía en la protestante Inglaterra; peligro, en fin, que el racionalismo naturalista contemporáneo atrae sobre la sociedad con la pretensión á la supremacía absoluta del Estado y la sujeción de la Iglesia á la dominación tiránica de éste; con lo cual, como dice el Papa, “se perturbaría el „orden de las cosas, anteponiendo las naturales á las sobre- „naturales, y se abriría la puerta á enemistades y conflic- „tos de terribles daños á una y otra sociedad, como harto „lo tienen demostrado los acontecimientos”¹.

¿Y cómo se aplicará el segundo de dichos principios? “Habiendo entre las dos potestades cierta trabazón orde- „nada; trabazón íntima, que no sin razón se compara „á la del alma con el cuerpo en el hombre, y para deter- „minar la cual se debe tener en cuenta la excelencia y „nobleza de sus fines”². Luego no debe haber tampoco separación entre ambas potestades, como quiere el natu- ralismo en sus distintas fases, sino armonía y subordina- ción moral del Estado á la Iglesia, dados el enlace y orden de un fin á otro, del bien temporal y presente, propio de la sociedad política, al bien eterno y último, propio de la so- ciedad eclesiástica, siendo el Estado sin la Iglesia como el cuerpo sin el alma, un cadáver, falto de toda vida interior y verdaderamente tal.

Menoscabar, por consiguiente, el Estado la influencia re- ligiosa de la Iglesia; considerarse desligado de todo vínculo

1 Encicl. *Immortale Dei*. 2 Encicl. cit.

respecto de ella y prescindir por sus actos de toda relación con Dios, tendiendo á la secularización, ó mejor dicho, paganización y ateísmo social, es infringir los deberes más altos de su vida, que son los que tiene para con Dios, arrojando en su delito, á la vez que el atentado contra la naturaleza é inviolables derechos de la Iglesia, el atentado suicida contra su propia existencia, pues ataca á lo que es el alma de su ser y de su vida.

Mas si no tuviera, venerables Hermanos y amados Hijos, la sociedad civil estas obligaciones supremas, bastárle tan sólo mirar á las que tiene con relación á sus propios individuos para notar el grande absurdo de desentenderse de la verdad religiosa. Tiene, en efecto, el Estado ante sus miembros un deber sagrado de no poner obstáculos al ejercicio de sus derechos, sino más bien favorecerlos; pero, lejos de favorecer, perjudicaría notablemente con aquella conducta á los más elevados é inviolables derechos del hombre. Son éstos, sin duda, los relativos al alma por razón de su origen, ordenación y supremo destino. El alma, por este triple concepto, clama á Dios, como á su Padre, su Bienhechor, su vida y felicidad completa; y á estos clamores, cuya satisfacción constituye un derecho, y un derecho sacratísimo é irrenunciable, porque afecta á lo íntimo de su ser y es además deber apremiante de su vida, el Estado, prescindiendo prácticamente de la Religión, en vez de darles expansión y satisfacción cumplida, los coarta y sofoca, porque les limita el ambiente externo y les niega todo aliento y estímulo reparador.

Ni se diga que el Estado se ciñe á ser indiferente y deja en completa libertad á los individuos. Esa indiferencia es

como la de las sombras con respecto á la luz, á la cual, sin embargo, ahogan, ó como el frío exterior de muerte que mata los gérmenes de la vida. El alma, á la voz poderosa que resuena en lo íntimo de su ser en orden á su Bienhechor Sumo, quiere darle vida exterior y no halla en el seno del Estado neutro, como tal, otra cosa que vacío, soledad, mal ejemplo y muerte..... Como la voz interna del pensamiento, cuando le falta el eco exterior de la palabra oral, decae, languidece y muere, así también esa voz interior y clamorosa del espíritu, al no encontrar resonancia alguna en la atmósfera social que el Estado forma con su indiferencia religiosa, va debilitándose y muriendo poco á poco. He ahí la ponderada libertad de las almas por la indiferencia del Estado: ¡la triste libertad de la muerte, que otorga al hijo débil la cruel indiferencia de un padre á quien nada importa la vida de aquel pedazo de su ser! ¿Qué libertad es esa, que tiende á encerrar en la estrecha y reducida mansión de la conciencia las más grandes expansiones del alma, aquellas que dirigen su vuelo hacia la cumbre de lo infinito, restándoles el campo exterior donde pueden espaciarse y desenvolver su vida?

Pero todavía se extiende á más la perniciosa eficacia de esa indiferencia, porque mata en embrión los nobilísimos anhelos del alma por el Bien Sumo. El Estado indiferente, si es lógico — y no le cabe más que serlo por la fuerza misma de la situación en que se coloca, — tiene que constituirlo todo, enseñanza, legislación, economía, vida pública, sobre esa base neutra, ó mejor, negativa en cuanto á Religión, encontrándose el individuo con dirección é influencias extrañas á Dios en la enseñanza, que presenta horizontes á

su alma, en la legislación, que marca la dirección de su vida, y en la existencia oficial y pública, que informa la suya privada. Su vida, pues, ha de modelarse bajo esa triple influencia, separada de todo elemento divino por parte del Estado, y sabido es que la influencia de éste es decisiva y avasalladora, porque el individuo es muy débil para resistir á la fuerza social de arriba. He ahí cómo el Estado se convierte en asesino prematuro de los más vigorosos gérmenes de vida, los cuales reclaman con la voz instintiva y profunda de la naturaleza la libertad de existir y de crecer, como fundadas en derechos sacratísimos y obligaciones imprescindibles de nuestro ser racional.

Ultraja, por tanto, el Estado neutro, con su pretendida abstención de la verdad religiosa, los derechos de Dios y los de sus propios miembros: la violación de sus deberes respecto del Altísimo es también infracción de obligaciones sagradas para con sus súbditos. Con tan abominable conducta se produce un antagonismo manifiesto entre la vida colectiva y la individual: en la primera Dios no reina, en la otra tiene su imperio; nada hablará de Dios en la primera; todo, en cambio, tiende á Él en la segunda. Antagonismo absurdo y peligrosísimo, porque la vida social forma un todo con la de los individuos, en quien las tendencias generales deben ser las mismas. Establecer tal pugna entre el Estado y los sentimientos individuales, es sembrar el germen de la descomposición en el seno de la sociedad; que ésta viene á ser á modo de gran círculo, cuya circunferencia la forman los individuos y su centro la autoridad del Estado, y en el que una colisión permanente de esa índole lleva inevitablemente á la disolución y la ruina.

III

La necesidad de la verdad religiosa aparece todavía de manera más absoluta cuando se la considera con relación á la sociedad moderna, tal como hoy se halla constituida. Dos grandes caracteres determinan á la sociedad contemporánea: el desarrollo de la libertad exterior del hombre y el progreso material. No es necesario que nos detengamos en señalar esos dos caracteres como notas predominantes en la sociedad actual: bien patentes se hallan á la vista de todos. Lo que no se halla patente á la inteligencia de muchos, aunque ya la luz se va abriendo paso, es que el ataque más rudo que se puede dirigir á la verdadera libertad y al progreso, y con ellos á la existencia de la sociedad misma, consiste en prescindir de la verdad religiosa en la gobernación de los pueblos.

Graves parecen, venerables Hermanos y amados Hijos, estas afirmaciones, pero no son más que la voz de la verdad elocuentemente pregonada por los hechos, la cual estamos obligado á decir, como centinela puesto por Dios sobre Israel, por deber ineludible de Nuestro sagrado ministerio y por amor á esta sociedad y á esos dos principales ornamentos de su vida rectamente estimados.

El primer mal gravísimo que se origina de que el Estado moderno prescinda de la verdad religiosa, dimana del con-

cepto en que queda constituída la autoridad. Sin relación alguna á Dios, tiene que aparecer como nacida única y exclusivamente de un hecho humano, sea sucesión hereditaria, sufragio ó elección. En tales casos es patente el carácter de fuerza con que resulta investida ante los súbditos, pues aquel hecho no puede dar origen á un efecto superior á la causa productora, cual es la autoridad sobre la masa social que la causa; ni tampoco puede servir de razón suficiente para proclamar en algún individuo la autoridad como elemento propio, porque siendo todos los hombres iguales en naturaleza, las diferencias accidentales sólo pueden ser base de una superioridad de índole moral, pero nunca de la efectiva y propia autoridad.

Luego si el que la ejerce no puede tenerla ni por sí ni de otros, los únicos títulos de ella que puede alegar serán la necesidad social por una parte y el hecho de su elevación por otra: la fuerza de la necesidad y la fuerza del hecho, la fuerza únicamente, he ahí el carácter de aquella autoridad. Carácter originario y constitutivo, que ha de llevar necesariamente en su ejercicio y en su término: en su ejercicio, porque no pudiendo invocar en sus decisiones el respeto á Dios y á su santa Ley, tendrá que apelar para ser obedecida á la fuerza de la represión material; y en su término, porque los súbditos sólo obedecerán por el temor á la pena, por la coacción.

Nada hay, empero, más depresivo para la libertad humana que la fuerza; como que es el ataque á su dignidad. De aquí nacen en los subordinados una repugnancia y resistencia instintiva á la autoridad como á elemento violento y extraño á su naturaleza esencialmente libre, las cuales

se traducen en habitual desobediencia interior, desobediencia exterior en lo no fácilmente penable, y espíritu constante de indisciplina manifestado por acres censuras á todo poder constituido y á toda ley y precepto, y hasta por asonadas, discordias y rebeliones, mucho más cuando el principio de autoridad descansa por lo común sobre base tan movediza y alterable como el consentimiento popular, que se parece á la arena impulsada por contrarios vientos. “Los que hacen depender la autoridad de sólo el arbitrio de la multitud —dice sapientísimamente el Sumo Pontífice,— sostienen en primer lugar una falsa opinión, y en segundo lugar colocan el principado sobre harto ligero y deleznable fundamento”¹. Bien claro lo testifican los hechos: los tronos derrumbados, las civiles contiendas, las perturbaciones de todo género son el negro cuadro que al observador ofrece el siglo que acaba de terminar, calificado con el poco glorioso título de siglo de las revoluciones.

La mayor expansión de la libertad humana exige, por otra parte, en la época actual, mayor influencia religiosa; porque al disminuir los frenos exteriores de aquélla, es necesario aumentar la rectitud del principio interno de la razón y la voluntad, á fin de evitar la torcida y extraviada marcha del libre albedrío, tan fácil hoy, así por la mayor movilidad de las pasiones, ocasionada por la actividad febril y las continuas corrientes de comunicación, como por el mayor número de incentivos exteriores para el mal. Nadie negará que dicha rectitud se consigue principalmente por la verdad divina, que, mostrada con infalible certidum-

¹ Encicl. *Diuturnum illud*.

bre y claridad por la Iglesia católica, obra directamente sobre el alma, de donde parte la rectitud ó el extravío de los actos externos, según aquella frase del Santo Evangelio: *Del corazón salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios y hurtos* ¹. Su eficacia es poderosísima por la purificación y robustecimiento continuo del alma mediante los Sacramentos, la sanción inapelable con que conmina y el tipo altísimo de perfección, hacia el cual estimula, conforme á la enseñanza del divino Salvador: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* ².

Es evidente, por tanto, venerables Hermanos y amados Hijos, que el Estado, al hacer caso omiso de la influencia divina de la Iglesia, se priva del más poderoso elemento de rectitud interna, tan necesaria hoy para el ordenado ejercicio de la libertad. Unidas esas dos concausas, el vacío de la Religión y la natural resistencia á la autoridad por su carácter de fuerza, con la disminución de límites exteriores para la libertad, no es extraño que ésta, juguete de las pasiones, se convierta en libertinaje y desenfreno, germen fecundo de desórdenes y peligro constante de los intereses privados y públicos, hasta poder llegar al extremo de que, roto completamente el lazo de la autoridad y en líneas divergentes y encontradas las voluntades, sobrevenga la lucha y el desconcierto social, y de que entre los horrores de la catástrofe surja el déspota que con mano de hierro sujete y encauce las voluntades opuestas; déspota que representará la tiranía no moderada por supremacía alguna moral; tiranía de la peor índole, como nacida en medio de una atmósfera envenenada y corrompida.

¹ Matt., XV, 19. ² Ibid., V, 48.

Y no se diga que la razón, dirigiendo lo interior del individuo, y la autoridad, castigando sus excesos en lo exterior, son suficientes para regular la libertad y evitar esos abusos extremos. Ciertó; es muy grande la luz de la razón y poderosa su fuerza: ella ilumina el universo y lo sujeta á su dominio; pero su luz y poder valen muy poco dentro del recinto del alma, á causa de su debilidad para luchar contra los intereses, la comodidad y las pasiones; todo el apoyo para dominar en ese campo lo encuentra en Dios: *Por la gracia de Dios soy lo que soy*¹—decía el Apóstol San Pablo en su grandeza.— ¿Qué hará, pues, la razón humana divorciada de Dios, de cuya inteligencia infinita es participación y destello en el orden natural y de quien todo lo recibe en el sobrenatural? En el fondo del alma sólo hallará obscuridades y sombras, y la voluntad se revelará victoriosa con las armas de la pasión.

¿Ni qué importaría que fuera su luz muy viva y su imperio poderosísimo en la región de la voluntad—dada una hipótesis inadmisible,— si quebrantado el lazo de unión con Dios, lazo común y fijo á todas las inteligencias por medio de la Iglesia, pierden aquéllos el vínculo de unidad entre sí y al divorcio con lo divino sigue el divorcio humano de las inteligencias y voluntades? ¿Á qué hablar de ese dominio de la luz de la razón sobre la voluntad para producir el concierto en la sociedad, si habría tantas y tan opuestas luces como individuos y voluntades? Y esto con mayor motivo en los tiempos actuales, en que la fiebre de actividad y la complicación de la vida no dejan lugar á la reflexión; en que por

1 I. Cor., XV, 10.

el apresuramiento del día se aceptan sin discusión ni examen los juicios lanzados á la publicidad por la prensa periódica; y sobre todo, cuando están más sobreexcitadas las pasiones por el choque de opiniones é intereses opuestos.

Y la autoridad ¿podrá estar pronta á reprimir todos los excesos, cuando éstos brotarán por todos lados y en todas direcciones? ¿Los reprimirá, por ventura, severamente con la ejemplaridad del castigo, cuando se ve precisada á proceder con relativa indulgencia, porque tales excesos tienen cierta consagración en la libertad individual? ¿Qué hará, pues, el Estado? No le queda otra solución que sustituir la unidad moral por la convicción y el deber, fruto de la Religión, con la unidad material por medio de la ley y de la fuerza, que ligando los individuos á sí mismo de una manera gradual y lenta, pero cada vez más dominadora, impida las divergencias exteriores. Tal es la fuerza centralizadora que nace y se desarrolla en los Estados modernos como una necesidad espontánea é instintiva de su existencia, en la misma proporción en que disminuye la influencia religiosa; y que sostiene por el momento á la sociedad, pero que la conduce á terribles abismos en lo porvenir.

De ahí, venerables Hermanos y amados Hijos, ese fenómeno contradictorio que observamos en el desarrollo social moderno: suma libertad de los individuos entre sí y esclavitud grande con respecto al Estado. Deja caer éste su mano autoritaria en todos los órdenes de tal manera, que apenas puede darse iniciativa alguna individual sin su intervención opresora, y la libertad, si no perece á manos de la tiranía aislada y violenta, va pereciendo paulatinamente bajo la tiranía progresiva del Estado, que absorbe la vida de los indi-

viduos. Por esa fuerza centrípeta todo queda subyugado: la sociedad doméstica, que vive bajo del Estado, aunque no se deriva de él, como la sociedad religiosa, que vive sobre el mismo y debe informar su vida; el individuo, que es miembro de aquél pero tiene personalidad propia, como las colectividades parciales, que son parte integrante pero con sus peculiares necesidades y fisonomía; todos los elementos sociales quedan oprimidos y aherrojados de tal modo, que pierden hasta la parte autónoma de su ser, desapareciendo su libertad y el carácter propio de su vida bajo la mano férrea y el molde tiránico del Estado. Una necesidad fatal, la necesidad suprema de la existencia, puesta en peligro por la ausencia de lo divino en su vida, impele á aquél á someterlo todo á su imperio avasallador.

Dentro de esa tiranía hay otra, la más odiosa, que vulnera los derechos del hombre, ultraja el augusto recinto del hogar, é injuria á la dignación misericordiosísima de Jesucristo, Redentor y Salvador del género humano, en la institución veneranda de su Iglesia. Sobre este punto debemos, venerables Hermanos y amados Hijos, llamar de una manera especial vuestra atención, obligado por ineludible deber de Nuestro ministerio pastoral. Nos referimos á los pésimos efectos de esa fuerza absorbente del Estado moderno en el orden de la enseñanza. Nada hay más libre, más sagrado y transcendental en el hombre que el alimento de la verdad para su inteligencia; nada que toque más de cerca á la autoridad sagrada de los padres que la formación de

ideas y sentimientos de sus hijos; nada, en fin, más alto ni más estrecho en el orden de los derechos y deberes de la Iglesia de Jesucristo que la enseñanza de la verdad á sus fieles; y, sin embargo, he ahí la víctima más cruelmente oprimida por yugo tan despótico.

La inteligencia es la cumbre de nuestra vida, el sello divino de nuestra personalidad, hecha á imagen y semejanza de Dios, la potencia característica de nuestro ser racional: nada hay, pues, tan personal como la inteligencia, y por tanto nada más respetable. En ella ninguna fuerza exterior tiene dominio; sólo la verdad debe ocupar allí su trono de reina. Aun la verdad absolutamente necesaria, Dios mismo, Ser supremo, no se le impone con su omnipotencia, sino que se ofrece á nuestra libre aceptación, para que sea *racional el culto que le debemos*¹. Nada de esto tiene en cuenta el Estado moderno, que extiende su mano centralizadora sobre la inteligencia de la juventud, sujetándola á una dependencia y limitaciones verdaderamente draconianas. En lugar de atender, proteger y fomentar la enseñanza, la limita, coarta y se le impone en contra de la más genuina libertad que existe en el hombre, la de dar pasto á su inteligencia, y en perjuicio de la cultura y la civilización. Inútil es que el individuo quiera desarrollar sus aptitudes en esta ó aquella forma. Es imposible: ha de hacerlo precisamente en la forma que le marque el Estado, con el profesor que le fije, en el tiempo por él determinado y en el centro señalado por él mismo.

Ya no puede tampoco el padre ejercitar su autoridad,

1 Rom., XII, 1.

ni la madre escuchar la voz de su amor, acerca de la educación de su hijo. El Estado les arrebató esa autoridad y niega ese amor, diciéndoles con imperioso ademán: venga vuestro hijo, su enseñanza á mí sólo compete y ha de ser únicamente como la determine mi omnipotente voluntad.

Concúlcense á la vez con tan injusto proceder el derecho y deber más sublime y privativo de la Iglesia católica, que los tiene por su divino Fundador, por la naturaleza de su misión y los ha ejercitado en todas las épocas de su historia, siendo la salvación de la cultura universal. *Id y enseñad á todas las gentes* ¹, dijo Jesucristo á sus Apóstoles; y como queriendo recalcar el concepto de aquel magisterio universal, añadió: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura* ². Mas ahora, en los aciagos tiempos que alcanzamos, no faltará quien, en nombre de la libertad y la cultura, se levante con irrespetuosa arrogancia á decir á la Iglesia: á ti no te compete intervención alguna en la enseñanza pública, nada puedes hacer fuera del recinto de tus templos. ¡Á eso quisieran reducir el amplísimo círculo de acción que el divino Redentor señaló al magisterio de su Iglesia!

No quiere el Estado moderno considerar la naturaleza de ésta como institución divina para dirigir las almas á su fin último por medio de la luz esplendorosa de la enseñanza cristiana. Ella, sin embargo, maestra infalible de aquellas verdades que, refiriéndose al origen, deberes y fin supremo del hombre, son como sol refulgente en el cielo de la inteligencia, que da á todas las demás luz, calor y desarrollo,

1 Matt., XXVIII, 19. 2 Mar., XVI, 15.

ha sido por natural derivación la Maestra de todo el saber y como el alma de las ciencias en el gran cuerpo de la sociedad humana; todos los siglos y todas las generaciones la han visto en posesión de la sabiduría; los pueblos en sus luchas y la humanidad en sus grandes convulsiones la han contemplado siempre levantar en alto el arca santa de la verdad y de la civilización, para salvarla de tremendos naufragios; razas degradadas por el salvajismo se han elevado á la cultura, y corrientes impetuosas de universal barbarie se han convertido por el benéfico influjo de la Iglesia en fuentes de progreso, de vigor y de vida; los más grandes monumentos del arte la proclaman su inspiradora, y bajo el polvo de todos los archivos y bibliotecas se oye una voz unánime que dice: Tú eres la Maestra de la verdad.

¡Menguados tiempos, venerables Hermanos y amados Hijos, son esos, en los que se desconoce y menosprecia la misión sublime de nuestra Santa Madre la Iglesia! Ellos son el paso para la enseñanza puramente laica, que es adonde tiende por necesidad el ateísmo en el Estado; enseñanza obligatoria en escuelas y centros, en los que el niño y el joven no oigan hablar de Dios, de virtud, ni de Religión, como quería el tristemente célebre autor del *Emilio*¹. ¿Y cómo será esa enseñanza sin Dios? Una enseñanza acéfala, en que está decapitada la vida del espíritu y se arroja por tierra la corona que ennoblece al hombre, la recta razón. Sin Dios no puede haber verdadera vida intelectual ni moral, porque falta la fuente originaria de todo ser, verdad y bien. —*Por Él han sido hechas todas las cosas y sin Él nada ha*

1 Rousseau, *Emilio*, pág. 299.

*sido hecho... Es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*¹. *El que enseña la ciencia á los hombres*². El que por sus ministros *enseña el camino recto y bueno*³. Y ¿quién pretenderá *enseñar á Dios* ó lo contrario que Dios?⁴

Así una enseñanza sin religión es una enseñanza superficial é incompleta en el orden especulativo y un camino hacia la corrupción en el orden práctico: que el alma no puede detenerse tampoco en esa abstracción puramente negativa de la verdad religiosa, sino que cae por una pendiente fatal en la oposición positiva á la Religión, con las más lamentables consecuencias. ¡Qué espectáculo tan triste y deplorable el de una inteligencia así invertida y trastornada! Una inteligencia que en la niñez, edad tan tierna y simpática, cuando hambrienta de verdad instintivamente interroga y acoge sin vacilación toda respuesta porque no conoce las traiciones del error y el engaño, recibirá para sostén y base de sus pensamientos el áspid venenoso del escepticismo, de la incredulidad y de la negación impía. Esa inteligencia, al llegar á la juventud, cuando llena de anhelos y entusiasmos despliegue vigorosa sus senos para presentar ancha cabida al desarrollo de la verdad toda, de la que ya posee providencialmente en su interior y de la que aspira á recoger con reflexión propia en lo exterior, se hallará con que dentro, en vez de rico tesoro de principios y altas verdades, sólo tiene un montón de ruinas; y fuera, en justa correlación con su manera de ser, solo encontrará vacío y tinieblas. ¡Qué doloroso es ver á esa alma, sin puntos de mira elevados y sin freno para contener la

1 Joan., I, 3 et 9. 2 Prat., XIII, 10. 3 I Reg., XII, 23. 4 Job, XXI, 22.

marcha desastrosa hacia el mal, anegarse en el turbio y desbordado torrente de las pasiones, del cual sale, después del naufragio del pudor, de la laboriosidad y la honradez, desfallecida y anémica, cerrada la puerta á las grandes esperanzas y nobles aspiraciones, con el frío de la duda, la amargura de las decepciones y el tormento de las heridas interiores!

Ved ahí, venerables Hermanos y amados Hijos, los terribles efectos de esa centralización opresora, consecuencia necesaria de la falta del firme cimiento de la Religión para sostener el edificio del Estado moderno. Mas aún no para ahí éste: proclámase origen de todo. No hay derecho que no provenga de él. Es el Estado la fuente suprema de todo derecho, según se afirma en la proposición XXXIX del *Syllabus*, condenada por el Pontífice de imperecedera memoria Pío IX. Si no tiene á Dios sobre sí, ni lo reconoce, todo está debajo de él y depende de su acción. De aquí se sigue lógicamente que no hay derecho en el individuo ni en la familia, ni en la sociedad, tanto civil como religiosa, de un origen más alto; en tanto son y valen, cualesquiera que sean, en cuanto del Estado provienen y por él son reconocidos. Luego, según esas premisas, el Estado puede y debe intervenir en todo, no tan sólo regulando, sino creando y disponiendo toda clase de relaciones sin traba de ningún género; lo que pertenece á la vida futura por la Religión, que él regulará como el autócrata de las Rusias; lo relativo á lo espiritual en la presente por la enseñanza, que él monopolizará; lo que se refiere á la materia por la propiedad, que él confiscará de un golpe ó poco á poco, según su avaro capricho. Todo lo más personal y propio del hombre es-

tará de una manera ilimitada sujeto al Estado, que podrá imponer su cetro absolutista en lo más sagrado de la conciencia, de la razón y del sentimiento.

Que tales aseveraciones no son exageradas lo prueban, además de la rigurosa lógica de los principios, las deplorables consecuencias de los hechos, á pesar de la repugnancia invencible que á todo lo absurdo tiene la naturaleza humana en el orden práctico. La ley despótica, denominada "Constitución civil del Clero" en Francia en la época de la Revolución; los Decretos arbitrarios en nuestra infortunada Patria sobre administración de Sacramentos, predicación y culto, durante el azaroso período del segundo tercio del siglo pasado; el despojo de los bienes eclesiásticos y comunales conocido con el nombre de desamortización; las leyes sobre matrimonio civil y divorcio; la prescripción de la enseñanza obligatoria en centros fijos y condiciones irritantes, con otra multitud de disposiciones atentatorias á toda clase de derechos, revelan la aplicación de los principios antes expuestos.

Añadamos á todo lo dicho que tal doctrina de la supremacía absoluta del Estado como única fuente de derecho, además de estar en pugna con el testimonio irrefragable de la conciencia humana, que abiertamente pregona la existencia en el individuo, en la familia y en la sociedad, de derechos independientes de aquél, entraña en sí la destrucción de todo derecho; pues siendo el Estado, principalmente en su elemento constitutivo y director, una entidad artificial que incesantemente varía en relación con los cambios generales de la sociedad y los particulares de los individuos, por fuerza han de variar también los derechos que sean ema-

nación del mismo. Y derechos sin base fija y permanente, y de tal modo variables, no son verdaderos derechos, pues les falta la razón de la inviolabilidad de que tanto necesitan para ser respetados. Semejantes derechos no serán más que la significación de la mal llamada voluntad nacional, ó, mejor, absolutismo del Estado, predominio de la fuerza que pretende santificar todos los desmanes otorgándoles la rectitud del derecho; los desmanes de arriba con el principio de que lo legislado es lo justo, y los de abajo con la teoría de que todo hecho en el orden político, en cuanto consumado, es legítimo, como advirtió admirablemente el Papa Pío IX: „Arrancada, dice, de la sociedad civil la Religión y rechazadas la doctrina y la autoridad de la revelación divina, hasta la misma genuina noción de justicia y de derecho humano se obscurece y se pierde; y en lugar de la verdadera justicia y derecho legítimo se sustituye la fuerza material, proclamándose que la voluntad del pueblo constituye la ley suprema desligada de todo derecho divino ó humano, y que en el orden político los hechos consumados, sólo por serlo, tienen fuerza de derecho”¹.

No es de extrañar ya que Hegel, el hombre más conspicuo del racionalismo panteista contemporáneo, desenvuelto y aplicado por él y sus discípulos á todos los órdenes de la vida, se atreviese á decir que “el pueblo, en forma de Estado, es el poder absoluto sobre la tierra, que tiene derecho supremo sobre los individuos, y éstos no tienen más que conformarse y sacrificarse al Estado”². Fórmula cruda y principio generador de todas las tiranías.

¹ Encicl. *Quanta cura*. ² *Rechtsphilosophie*, pág. 319.

Ved, pues, venerables Hermanos y amados Hijos, adónde conduce la abstracción ó negación religiosa del Estado: á crear arriba el despotismo más arbitrario y absoluto, y abajo una esclavitud ignominiosa, perdiendo el individuo hasta la conciencia de su libertad; pues desconocida y repudiada la Iglesia y la Religión, dice el actual Pontífice León XIII,—“sucede forzosamente, ó que se reduce á la mayor parte del género humano á la vil condición de siervo, „como en otro tiempo sucedió entre los paganos, ó la sociedad humana se ve envuelta en agitaciones continuas y devorada por el brigandaje, como hemos podido comprobarlo „en estos últimos tiempos”¹. ¡Ah! Es que solamente *allí donde está el espíritu del Señor hay libertad*².

1 Encicl. *Apostolici muneris*. 2 II Cor., III, 17.

IV

Hay también otra víctima del apartamiento de la Religión: el mismo progreso material y social, de que la época presente tanto se gloria; víctima que en su ruina arrastra consigo á la sociedad entera.

No hay peor cosa en el individuo, venerables Hermanos y amados Hijos, que el desequilibrio y desproporción en el desarrollo de sus facultades. No se puede perfeccionar bien el alma sola ni el cuerpo solo, las fuerzas espirituales separadas de las corpóreas, ó viceversa, sino en íntima unión, cual reclama la unidad del compuesto humano, para que resulte *mens sana in corpore sano*. La naturaleza tiene una sanción terrible para esos olvidos y abandonos de parte de su vida: la negación de la parte despreciada, y tras ella, por necesaria conexión, el aniquilamiento de la parte favorecida; la negación, en último término, de la vida, por lo menos de la vida vigorosa. Al desarrollo excesivo de las fuerzas del alma, despreciadas las del cuerpo, se sigue la anemia física y más tarde la anemia moral; como, en orden inverso, de la excesiva vida corporal y terrena se origina cierta anemia moral, según ya lo enseñó Salomón diciendo: *El cuerpo corruptible agobia al alma; la ocupación terrestre abate la mente* ¹. De igual modo ocurre á la sociedad, que no es, en suma, otra cosa que el in-

¹ Sap., IX, 13.

dividuo agrandado, por decirlo así, mediante sus relaciones con los demás.

De esas violaciones del perfeccionamiento humano en la sociedad, la más desastrosa en sus efectos es la del acrecentamiento de la materia sin que le acompañe el del espíritu; pues la vida más alta y noble del hombre es la de su alma, y en ésta principalmente se sustenta la comunicación y lazo mutuo que mantiene á los individuos congregados en colectividad. Pónganse pueblos con todos los elementos y progresos materiales, más aún, con todas las ciencias y artes en el mayor apogeo, si esto es factible, pero que no presten tributo á la virtud, al honor, al deber, á todo, en fin, lo que constituye la vida moral, y serán pueblos civilizados en la superficie, pero bárbaros en el fondo; de cuerpo al parecer vigoroso, pero que, enferma su alma, están colocados al borde del sepulcro. La historia jamás ha desmentido el cumplimiento de esta ley inexorable. Ahí están las brillantes civilizaciones de los pueblos cayendo siempre desmoronadas al entregarse á la corrupción moral, sin que nada las valiera su fama y su poder. Cayeron los grandes imperios asiáticos ante los pequeños ejércitos de Alejandro, y el colosal de Roma arrollado por hordas medio salvajes, y el opulento de Bizancio por tribus africanas; estatuas gigantescas de la antigüedad derruidas y destrozadas por la piedrecilla, que rodando tropezó en su camino con los que parecían baluartes indestructibles. No derrumbó, ciertamente, su grandeza el ataque exterior, sino la gangrena interior de su alma.

Es, pues, el alma de todo progreso el perfeccionamiento moral; pero á su vez el alma de éste es la influencia reli-

giosa. La santa Religión pone los gérmenes de la virtud en la conciencia, renueva por completo el espíritu y arroja fuera los vicios en la conversión del pecador, alienta con sus inspiraciones y auxilios al justo para que crezca de perfección en perfección, y á todos, finalmente, anima y conforta para el bien. Ella regula la marcha del individuo en las distintas épocas de su vida, establece el orden, la paz y el trabajo en el hogar de la familia, y el lazo de la fraternidad, amor y respeto recíproco en la sociedad; en suma, forma toda la vida moral del hombre. “Si la Europa „cristiana, como enseña nuestro Ssmo. Padre León XIII, „domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fiereza „á la mansedumbre, de la superstición á la verdad; si con- „servó el cetro de la civilización y ha solido ser maestra y „guía del resto del mundo y enseñarle todo cuanto podía „redundar en pro de la humana cultura; si ha procurado á „los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus dife- „rentes formas; si con muy sabia providencia ha creado „numerosas y heroicas instituciones para aliviar á los hom- „bres en sus desgracias, no hay que dudarlo, todo ello lo „debe agradecer á la Religión, que le dió, para escogitar é „iniciar tamañas empresas, inspiración y aliento, así como „auxilio eficaz para llevarlas á cabo ¹.

Sin Religión no puede haber vida moral ni progreso alguno. Las ideas y sentimientos del deber, la rectitud, el honor, la justicia, la caridad, faltos de la inmutable base de Dios y su ley santa, se sujetan á la volubilidad humana, carecen de imperio y autoridad sobre la mente y el cora-

1 Encicl. *Immortale Dei*.

zón, pues de éstos mismos parte entonces su fuerza, y al contacto de los intereses y las pasiones se convierten en sentimientos utilitarios y egoístas, que degradan y envilecen á los pueblos, amortiguando cada vez más las viriles energías para empresas nobles y levantadas; pero en cambio crecen la ociosidad, el lujo y la corrupción, y surge la lucha de clases por los egoísmos de los unos y las necesidades no satisfechas de los otros, cayendo así los pueblos por la fatal pendiente de la decadencia y la ruina. Repitémoslo: no puede vivir un cuerpo sin alma, y la Religión es el alma de todo progreso social. Así lo han reconocido hombres nada sospechosos de *clericalismo*: “Cuanto más progresa „el hombre—ha dicho Víctor Hugo—más necesita de la fe „religiosa”; y Straus, invocando el testimonio de la historia, afirma resueltamente que ella “atestigua que el desarrollo de la Religión va estrechamente unido con la civilización de los pueblos”.

¡Ah, venerables Hermanos y amados Hijos! Se quiere por el ateísmo del Estado arrojar á Dios de la sociedad humana, pero no se observa que en el removido suelo, donde se entabla esa lucha insidiosa y artera contra lo sobrenatural y lo divino, se levantan, cual vengadores de Dios ultrajado, dos mónstruos, abiertas las fauces para devorar todo el organismo viviente de la sociedad contemporánea. No se quiere oír la voz de la Iglesia, y se tendrán que oír los rugidos del socialismo y del anarquismo.

El socialismo toma, de una parte, la enseñanza de que el Estado puede dominarlo todo, y considera, de la otra, que el progreso material sin alientos morales sirve para el ensoberbecimiento y poderío de unos individuos sobre las hu-

millaciones y miserias de los demás, y al momento forma su resolución decidida: destruir todo el orden particular de los individuos y que sólo exista el dominio único y universal del Estado. El anarquismo mira también aquella supremacía del poder en el centro y aquellas miserias en la esfera individual, pero su resolución es diametralmente opuesta: destruir el Estado y la autoridad, de cualquier género que sea, para que sólo reine el individuo. Y es que el socialismo considera los males producidos por los individuos, mientras la anarquía los cree originados del Estado; y como esos males, por el vacío de la Religión, oprimen de una manera fatal, ¿qué tiene de extraño el radicalismo de esas dos resoluciones contradictorias, dar muerte á los individuos en la una, á la sociedad en la otra? El socialismo significa el despotismo del Estado en su última consecuencia; la anarquía es el desbordamiento sin límites de los individuos. El uno pone el progreso en la esclavitud individual, mientras la otra en el salvajismo social: abismos ambos de muerte para la sociedad, pues en ellos perece, ó el individuo, que es su materia, ó la autoridad, que es su forma, no pudiendo existir sin el concierto y armonía de esos dos elementos.

No se crea que estos son vanos temores ó peligros á lo más unrfotos y lejanos: son peligros y males demasiado próximos, cuya presencia está ya harto denunciada por los hechos. Á mediados del siglo pasado pudo decir el famoso propagandista del socialismo alemán, Lasalle, con la fe más entusiasta en el triunfo de la revolución social, que á solas con la historia sentía en ella el ruidoso avance de aquélla: hoy basta ya sólo mirar al frente y á todos lados para ver las

numerosas legiones socialistas y anarquistas con sus jefes, organización y vigorosa disciplina, aprestarse para arremeter en línea cerrada contra todo lo existente. Sus periódicos, sus congresos, sus diputados en los Parlamentos nos revelan fuerzas organizadas y preparadas en el campo de batalla. Las huelgas y manifestaciones públicas y tumultuosas son los reconocimientos y la exploración de ese campo, y ya las rojas llamaradas y las ensangrentadas víctimas de la dinamita y el puñal revelan el primer choque de la vanguardia de ese ejército imponente, cuyo general en jefe es sin duda el ángel exterminador.

El problema está planteado ante nuestra vista con una crudeza verdaderamente aterradora. Un malestar grande aqueja á las clases trabajadoras, causado en parte por el egoísmo de los pudientes: honda división, preñada de odios y sed de venganza, separa á unas clases sociales de otras; á pobres de ricos, á obreros de patronos. Pero no es de ahora, sino ya antigua, esa situación, porque en todo tiempo ha habido ricos y pobres, humildes y poderosos; lo que no ha habido jamás, como ahora, es conflicto social, esto es, "lucha „universal y simultánea de todos los que padecen hambre „contra todos los que padecen hartura", según frase de un célebre escritor moderno. Las desigualdades por la desproporcionada distribución en la riqueza constituyen un hecho inevitable que se funda en la desigualdad natural de las facultades y actividad de los individuos: ni todos son igualmente laboriosos, ni mucho menos por igual inteligentes; y la inteligencia y el trabajo son los agentes principales de la riqueza, que por tanto nunca estará repartida por igual, aunque deba estarlo en equitativa proporción, fundada en

que todos somos hijos de Dios y acomodada á las máximas del Evangelio.

Únase á esto que, con ser el trabajo función natural y necesaria para el propio perfeccionamiento, la culpa de origen ha dejado en el hombre repugnancia y aversión hacia él por la razón de pena que contiene, y ánsia de goces por el desarrollo de la concupiscencia, y aparecerá con el hecho de la desigualdad social el hecho de la antipatía entre pobres y ricos; hechos que, enlazados, forman el nudo de ese problema en todas las épocas de la historia. Ha habido, pues, siempre cuestión social, pero no conflicto supremo cual hoy existe. Más bien que ricos y pobres, con sus diferencias graduales, la actual tendencia materialista va formando dos clases únicas, de potentados y mendigos, Lázaros y Epulones, Lázaros sin las virtudes del que nos presenta el Evangelio, Epulones con la glotonería, la avaricia y la dureza de corazón de aquel antiguo, á los que no separan meras antipatías ó prevenciones, sino odios satánicos y violencias de muerte. Ese mal de todos los siglos rara vez se presentaba antes en forma de conflicto; y cuando tal cosa ocurría, por largo tiempo se remediaba. El mal de ahora constituye un conflicto permanente, cada vez más grave; y su solución no puede afectar ya á la superficie, sino al fondo, á la raíz de donde procede.

Es indudable, venerables Hermanos y amados Hijos, que tales causas son de orden económico y moral, mas con esta diferencia: que las primeras son la base, y las segundas el alma del conflicto. Las causas económicas ofrecen el terreno abonado; las morales dan la semilla, que desarrollada produce todo el mal.

¿Cuáles son estas causas en el orden económico? Debe reconocerse primeramente como causa general el cambio en el medio productivo de la riqueza; antes era la tierra, hoy puede decirse que es la industria: la fábrica ha ocupado el lugar de la granja y el industrial el del agricultor. La riqueza ha tomado la movilidad y desarrollo de su fuente, la industria; y como para ésta la riqueza misma es base de desenvolvimiento, el valor del capital ha crecido, no sólo como término, sino como principio; no sólo como efecto, sino como causa y motor; de tal manera, que con las fuentes naturales de producción, la inteligencia y el trabajo, interviene hoy el capital como factor importantísimo y casi determinante de todo el resultado. Tiende éste á la concentración para aumentar la ganancia, y baja por natural declive la situación de los que están dentro de su círculo; por eso puede decirse que, en el momento presente, si la riqueza llama á la opulencia, la pobreza sólo llama á la miseria.

Y como causa especial debe señalarse el individualismo exagerado, que, estableciendo la ilimitada competencia y la libertad absoluta en la oferta y demanda del trabajo y de sus productos, concede la victoria al capital grande, que se levanta sobre las ruinas sangrientas del pequeño, y al oro sobre las necesidades extremas del trabajador, que apremiado por el hambre y desamparado, no puede contender libremente sobre el justo salario; pues, como advierte con admirable sabiduría el gran sociólogo llamado León XIII, "el trabajo tiene en sí dos cualidades: que es personal, y en "este concepto es libre; y que es necesario como medio para "sustentar la vida, en lo cual no cabe libertad alguna" ¹.

¹ Encicl. *Rerum novarum*.

Mas téngase en cuenta que estas causas de índole económica, en tanto se desenvuelven y dan sus perniciosos frutos, en cuanto á ellas se unen las causas morales, las cuales podemos sintetizar en una sola, como centro de todo el mal, á saber: el ánsia ilimitada de goces materiales, nacida del olvido ó negación de Dios y de la vida inmortal. En el momento en que, amortiguada ó perdida la fe en Dios y en otra vida, rompa el hombre la comunicación con el Cielo, la existencia humana no tiene otros horizontes que la tierra, ni anhela otros bienes que los temporales: en tan estrecho círculo, el egoísmo se apodera lógicamente de los corazones: todo para gozar, y todo el goce para sí mismo. El placer ocupa la categoría de fin último, y los deseos inmoderados forman la regla de las acciones. Desenvuelta esta perturbación de la vida humana en el orden moral, provoca el conflicto y, al ejercer su acción en el orden económico, le da el más pavoroso aspecto.

¿Qué sucede hoy, venerables Hermanos y amados Hijos, en el orden moral? No se oye en todos sus ámbitos, como ley de su existencia, más que este grito unánime y continuo, como el de los moradores de Jerusalén, cuya destrucción profetizaba Isaías: *Comamos y bebamos*, es decir, gocemos, *porque mañana moriremos*¹. A cuyos ecos la opulencia pone á contribución todos sus medios para multiplicar y refinar los placeres sin tregua ni descanso, mientras la pobreza toma horror al trabajo, que le ocasiona sufrimiento, y busca la ociosidad placentera, olvida el camino de la casa de Dios y se aficióna al de la casa de corrupción, la taber-

¹ Isai., XXII, 13.

na, el garito, el lupanar..... y aunados en el corazón del obrero el vicio y la pobreza, forman la miseria, ese estado tristísimo, en que no hay pan para el cuerpo, porque no lo hay tampoco para el alma; en que se sufre hambre, frío y desnudez y se sienten las dolorosas llagas de la degradación moral.

Sigue á tan lastimosos efectos la honda división de clases. Al no mirar el rico al Cielo, siente invencible repugnancia al pobre, huye de él, le desprecia. Es una consecuencia natural: la vista del pobre no le proporciona placer, sino desagrado; no le muestra belleza, sino desaliño; no le ofrece risas, sino lágrimas; y en un corazón donde sólo impera el egoísmo, todo lo que sea desaliñado, displicente ó triste provoca latidos de horrible repulsión. El pobre á su vez, mirando únicamente á la tierra como mansión única de su destino, con la sed intensa de goces en el alma y mares de amargura á su alrededor, desconocido de su hermano el poderoso, estimando en sí la pobreza como padrón de ignominia y sufrimientos y en los otros la riqueza como cúmulo de deleites que le insultan, ¿qué hará sino levantar tempestades de odio en su corazón, que se embravecen en proporción mayor que el desprecio con que se le hiere?

Ciérrese de este modo el corazón del rico á la caridad y se abre el del pobre á la desesperación: falta de caridad de un lado, impaciencia y rencores de otro, he ahí los datos que plantean el problema social. "Las clases menesterosas, —dice un insigne estadista—, no se levantan hoy contra las acomodadas, sino porque las acomodadas se han resfriado en la caridad para con las menesterosas. Si los ricos no hubieran perdido la virtud de la caridad, Dios no hubiera

„permitido que los pobres hubiesen perdido la virtud de la „paciencia. La pérdida simultánea de esas dos virtudes „cristianas sirve para explicar los grandes vaivenes que „van dando las sociedades y los ásperos estremecimientos „que está padeciendo el mundo” ¹. Y esta perturbación moral, entrando en el orden económico moderno, se apodera como germen destructor de ese campo favorable, y hace brotar con toda su gravedad siniestra el mal que lamentamos.

No habiendo más fin que el goce, más medio para llegar á él que la riqueza, ni más regla de conducta que los insaciables deseos de la ambición, conviértese el orden económico en campo de lucha sangrienta, de guerra sin cuartel, donde no hay compasión ni sentimiento alguno de humanidad para el vencido. Forman alianzas leoninas los grandes capitalistas, en que se realizan momentáneamente ganancias considerables sin temor alguno, por las grandes reservas de que se dispone, á fin de hacer una competencia ruinosa que aniquile á los pequeños y, libre el camino para todas las iniquidades, ó se monopolizan los productos en un ramo determinado para imponer después la cruel tiranía de un lucro sin conciencia ni pudor, ó se acude al agiotaje, á la falsificación, á los medios más indignos y bajos para la competencia. Se abusa del infeliz obrero por la despiadada ley de la libre oferta y demanda con relación al trabajo; no se mira si perece de miseria, si las débiles fuerzas de la mujer y el niño pueden ó no soportar una faena excesiva, si las condiciones en que se les coloca son perjudiciales á su salud y

¹ Donoso Cortés, *Obras*, tomo II, pág. 300: “Carta á S. M. la Reina madre Doña María Cristina de Borbón.”

buenas costumbres. Sólo importa una cosa: ganar y más ganar. Que caigan pocas ó muchas víctimas, no preocupa.

Es que se han unido la falta de sentimientos morales, antes indicada, con una libertad sin límites en las leyes económicas, y han creado una economía sin entrañas, que devora á los pequeños y á los débiles. "Canibalismo" llama á esa brutal opresión de la economía moderna sobre el pobre H. Spencer, uno de los más notables adalides del evolucionismo. Tiene esto una explicación muy obvia, que presenta de plano toda la situación y la gravedad del conflicto social: pues como las pasiones sin freno por la falta de moralidad obran con extremada violencia y siempre en una misma dirección á modo de fuerzas necesarias, al tomar la inclinación hacia el orden económico donde se agitan los intereses materiales, dejan sentir su presión formidable de alto abajo; de manera que cuanto más pequeños, tanto más oprimidos.

Con razón ha clamado con paternal acento el insigne León XIII contra injusticia tamaña: "Es necesario — ha dicho—dar pronto y oportuno auxilio á los hombres de ínfima clase, puesto que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa; pues, destruídos los antiguos gremios de obreros y no habiéndoles dado en su lugar defensa alguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores. Júntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos hombres opu-

„lentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la „multitud innumerable un yugo que difiere poco del de los „esclavos”¹.

He ahí, venerables Hermanos y amados Hijos, el conflicto en todo su desarrollo; pero; de cuán distinta manera se ofrece el aspecto económico y moral de la cuestión bajo la influencia de las verdades cristianas y la solicitud maternal de la Iglesia Católica! Con la fe en Dios y en la vida futura, guiado por el Evangelio que la misma Iglesia le enseña, sabe el rico que las riquezas no son el fin supremo de la vida, y que *de nada le sirve ganar el mundo entero si pierde su alma*²: así no se aprisiona su corazón con las cadenas del oro; reconoce al pobre como hermano, más amable cuanto más desgraciado, y comparte con él sinceramente las penalidades y dolores; oye al divino Maestro, que presentándole los diversos necesitados, le dice: *lo que hicieres á uno de estos pequeñuelos, á Mí lo hiciste*³, y se anima á enjugar las lágrimas de aquéllos; si mira arriba, ve que no queda sin recompensa *ni el vaso de agua fría dada al pobre por amor de Cristo*⁴; si abajo, encuentra los tristes lamentos del condenado Epulón. Todo se une, la verdad y el bien, el amor y el temor, para que el rico atienda compasivo al pobre, acoja amoroso sus quejas, le hable con fraternal ternura y remedie sus necesidades.

El pobre, entre tanto, se persuade de que la pobreza no es una afrenta, pues fué honrada por su Redentor en Belén, en Nazareth, en el Calvario, y entiende muy bien que *no tienen comparación los trabajos del tiempo presente con*

¹ Encicl: *Rerum novarum*.

² Matt. XVI, 25

³ Ibid., XXV, 40.

⁴ Ibid., X, 42.

la gloria verdadera ¹, y que si ama á Dios, *todos sus padecimientos se ordenan á su bien y felicidad* ². Aleccionado con estas consoladoras y dulces enseñanzas, el obrero de otros siglos pasaba su vida resignado, tranquilo y gozoso entre el taller y el trabajo, el hogar de su familia y el santuario de Dios. Era afable y cariñoso, diligente y previsor; reflejábanse en su rostro la alegría; no visitaba su humilde vivienda la miseria, ni en su corazón recibían albergue el vicio y el odio. ¡Ah! tenía el caudal de la fe cristiana, caudal de aliento, de amor y de esperanza, de consuelo y fortaleza, de laboriosidad y honradez, de ahorro y previsión; caudal grande y hermoso, que enriquecía su alma, su corazón, su familia y su hogar; caudal divino, que desde las alturas del espíritu hasta la labor de sus manos todo lo embalsamaba y embellecía.

Es, pues, ante todo el problema social un problema de orden moral y religioso. No hay duda que es de suma conveniencia una prudente y sabia gestión económica por parte del poder público, que mejore la situación actual de las clases trabajadoras. Bien terminantemente lo ha proclamado el Vicario de Jesucristo, señalando con ojo certero los puntos principales á que debiera aquella gestión encaminarse. Pero se impone al mismo tiempo como necesidad suprema una obra de regeneración moral y religiosa en todas las clases sociales; si no, de nada servirán las reformas y todas las medidas de buen gobierno para restablecer la paz y la posible armonía. Con claridad meridiana lo ha expresado nuestro Santísimo Padre: "Cuestión es esta—ha dicho—á la

1 Rom., VIII, 18. 2 Rom., VIII, 22.

„cual no se hallará solución alguna aceptable si no se acude
„á la Religión y á la Iglesia. Verdad es que cuestión tan
„grave demanda la cooperación y esfuerzos de otros, es á
„saber, de los Príncipes y Jefes de los Estados, de los patro-
„nos y de los ricos, y hasta de los mismos obreros de cuya
„suerte se trata; pero sin vacilación afirmamos que serán
„vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres si desatien-
„den á la Iglesia, porque la Iglesia es la que saca del Evan-
„gelio doctrinas tales, que bastan á dirimir completamente
„esta contienda, ó por lo menos á quitarle toda aspereza y
„hacerla así más suave”¹. Inútiles son todos los arbitrios
económicos, si no los acompaña la reforma moral por virtud
de la Religión: disminuirán al pronto los efectos del mal,
pero como no arrancan la raíz, brotarán de seguida los per-
niciosos retoños con mayor fuerza.

¿Qué dicen, sino, los hechos de acuerdo con la razón?
¿Cuánto no han trabajado los Gobiernos de Europa en el
último tercio del pasado siglo por atajar el mal? Se ha
puesto á contribución en grande escala la riqueza pública
para el socorro de los necesitados, como en Inglaterra; se
han promulgado leyes protectoras del pobre trabajador,
dignas de toda loa y aplauso, como en Alemania, Bélgica,
Francia, y aun en España; y sin embargo, en ese período
se ha exacerbado el mal de un modo espantoso y han
tomado el mayor vuelo el socialismo y el anarquismo. Ahí
están para probarlo esas importantes manifestaciones del
ejército de la miseria: los Congresos internacionales y fre-
cuentes *mítins* socialistas; los representantes de estas

1. Encicl. *Rerum novarum*.

ideas formando parte de las asambleas legislativas; la propaganda activa por medio de la prensa; el desarrollo continuo de las huelgas, que tienen ya carácter endémico en el momento actual; los crímenes de la anarquía, que han llenado de luto y horror casi todas las capitales del mundo civilizado. Ha sido ese manifiestamente un período de grande esfuerzo económico, y, no obstante, el malestar se ha ido extendiendo y agravando.

Y no se confíe en la fuerza armada; porque ésta, no quitando las causas, las aumenta y exaspera por la represión. Es un dique, pero un dique que será necesario levantar cada día más alto y anchuroso; y Dios no permita que llegue un momento en que las turbulentas aguas por largo tiempo contenidas rompan ese muro, pues entonces ha llegado la hora de la devastación social.

Ni tampoco resuelve el conflicto el libre desenvolvimiento de las fuerzas sociales, como pretende cierto sistema economista. Juzgan sus defensores que el actual conflicto es tan sólo un pequeño accidente de la civilización moderna, que nos parece grande porque no apreciamos toda la marcha del tiempo. "Déjese—dice uno de los más entusiastas—, á la acción individual con independencia absoluta en „la producción y distribución de la riqueza, y la armonía „resultará del juego combinado de todas las fuerzas sociales" ¹. Confunden la armonía de las fuerzas puramente naturales, que pertenecen al mundo físico, con la de las fuerzas verdaderamente sociales, que corresponden al mundo moral. La armonía de aquéllas es intrínseca á las mismas,

¹ Bastiat: *Armonías económicas*.

porque obran por necesidad, siguiendo siempre la recta y segura dirección que les ha trazado la voluntad omnipotente; mas la armonía de las segundas no está en su ser, porque son libres y limitadas, sino que ha de resultar del esfuerzo exterior y reflexivo.

Descartado está, por último, que la aplicación socialista razonada, si posible fuese, remediaría el mal, pues antes lo agranda. Para abolir la desigualdad triste de los proletarios, produce la desigualdad de todos ante el Estado, que sería el único poderoso; aspira á libertar de la esclavitud á algunos, y ocasiona la esclavitud de todos; aparte de que “quitado al ingenio y diligencia de cada uno todo estímulo, —dice el Sumo Pontífice—, secaríanse necesariamente las fuentes de toda riqueza, y esa igualdad no sería de hecho otra cosa que un estado tan triste como innoble de todos los hombres sin distinción alguna”¹. Esa es, en realidad, la solución socialista: poner las dolorosas cadenas de la miseria y de la esclavitud á todos los hombres.

No hay, pues, solución alguna, si únicamente se mira al orden económico y material, para la aguda crisis que la sociedad sufre: ni la expansión de reformas convenientes, como tampoco la presión de la fuerza, ni la actitud pasiva del evolucionismo socialista de “dejad hacer”, ni mucho menos la socialista de hacerlo todo el Estado. Todo es inútil. El punto de vista para la solución está más alto: en el orden religioso. ¡Cuán insensato es, por tanto, desconocer á la Iglesia en la época presente, cercenarle sus medios de acción, huir de la verdad que propone y secularizar el

1 Encicl. *Rerum novarum*.

mundo social, precisamente cuando ese mundo, sintiendo retemblar sus cimientos, pide á voz en grito el socorro generoso de la misma Iglesia!

Ese furioso vendaval de males económicos, que por la cuestión social agita á los pueblos, parécenos, venerables Hermanos y amados Hijos, revelar la mano de Dios, que toca al corazón de la sociedad presente para que se convierta á Él. En el terreno de la protección y auxilio á los menesterosos y necesitados, creemos está indicado el primer paso para la reconciliación de los Estados modernos con la Iglesia de Jesucristo. Frente á esa democracia revolucionaria y demagógica, saturada de impiedad é irreligión, el Romano Pontífice ha hablado recientemente, en la última de sus siempre luminosísimas Encíclicas, de una *democracia cristiana*, de un sistema de acción social, “que tienda, según „las leyes natural y divina, á hacer más tolerable la condición de los que viven del trabajo de sus manos, de suerte „que gradualmente obtengan con qué proveer á sus necesidades y puedan pública y privadamente cumplir con libertad sus deberes morales y religiosos, y conozcan que no son „animales, sino hombres, no paganos, sino cristianos” ¹. Oigan todos esa voz augusta, que insta paternalmente, en vista de la gravedad de los sucesos, por la unión de todos para a renovación del espíritu cristiano. “La realidad de los hechos—añade el Venerable Anciano--clama, vehementemente clama, que son menester ánimos valerosos, fuerzas unidas, porque tenemos ya delante granada cosecha de desventuras, y pavorosas catástrofes sociales nos amenazan” ².

1 Encicl. *Graves de communi.* 2 Ibid.

¿Habrá sonado la hora de la conversión social? He aquí, venerables Hermanos y amados Hijos, la pregunta que Nos hacemos, conturbado el ánimo y oprimido por terribles congojas, en presencia de los sucesos, pero queriendo abrir el pecho á la esperanza y sabiendo que *Dios ha hecho sanables las naciones* ¹. La Iglesia, madre cariñosa y solícita, por boca de su Cabeza visible el gloriosísimo León XIII, llama hoy con repetidas instancias á los pueblos y á sus gobernantes, como á hijos pródigos que lejos de su regazo sufren mortales angustias. Una restauración católica se impone, mediante la cual, renovada la sociedad desde lo alto de la autoridad hasta la superficie agitada de los individuos, pueda levantarse vigorosa, asentadas sobre firmes y rectas bases la libertad y la civilización con la hermosura y robustez sublime del espíritu cristiano.

Recibida y acatada la enseñanza de la Iglesia sobre el origen de la autoridad, en cuanto ésta, cualquiera que sea su forma — pues, “salvados los principios de la justicia, los „pueblos pueden elegir la mejor forma de gobierno que con-„venga á su índole, instituciones y costumbres” ², —procede siempre de Dios, “porque la elección designa al Príncipe, „pero no le confiere los derechos del principado” ³, que son propios de Dios, Legislador único y fuente de toda autoridad, “se estrecharán Príncipes y súbditos con mutuas obligaciones y derechos, que moderen la ambición en mandar „por un lado y hagan por otro la obediencia fácil, firme y no-„bilísima” ⁴. De esta manera se evitarán los abusos del poder y las turbulencias de la rebeldía; no usurpará la autoridad

1 Encicl. *Diuturnum illud*. 2 Ibid. 3 Ibid. 4 Encicl. *Apostolici muneris*.

el campo de los individuos, ni éstos se levantarán contra aquélla, reinando por tanto, con la majestad del poder y la reverente y noble sumisión, una libertad justa y grande, “aquélla que mirada en el individuo no permite que el hombre se someta á la tiranía abominable de los errores y las malas pasiones, y que mirada en lo que á la acción pública se refiere, gobierna á los pueblos con sabiduría, fomenta el progreso y las comodidades de la vida y defiende la administración del Estado de toda arbitrariedad; libertad buena y digna del hombre, que la Iglesia aprueba más que nadie y nunca dejó de esforzarse para conservarla incólume y entera en los pueblos, como que á ella se ha debido siempre, ya la invención, ya el comienzo, ya la conservación de todas aquellas cosas é instituciones ordenadas á coartar la tiranía de los Príncipes, como las dirigidas á conservar la honra, la vida y la igualdad de derechos en los ciudadanos; y consecuente siempre consigo misma, si por una parte rechaza aquella libertad que lleva á los particulares y á los pueblos al desenfreno y á la servidumbre, abraza, por otra parte, con mucho gusto los adelantos que trae el tiempo, cuando de veras promueven el bienestar de la vida, que es como una carrera que conduce á la otra perdurable; siendo, por tanto, una calumnia vana y sin sentido lo que dicen algunos sobre que la Iglesia mira con malos ojos el régimen moderno de los Estados, rechazando sin distinción todo cuanto ha producido el ingenio humano en estos tiempos”¹.

Y al volver así los pueblos á la Iglesia, hallarán junta-

¹ Encicl. *Immortale Dei*.

mente asegurada la causa de la civilización con los principios eternos de la verdad y la justicia, que son la base y fundamento de toda civilización, con el amor sincero entre los hombres, vínculo y condición del progreso humano: que “la verdadera fraternidad la afirmó Jesucristo, de cuya „voz fué eco la de los Apóstoles, que predicaban no haber „ya judío, ni griego, ni escita, sino todos hermanos en „Cristo”¹; y encontrarán, finalmente, en la Iglesia el vuelo hacia la perfección divina, que es el ejemplar y fin de todo progreso.

No obren los Estados en contra de las enseñanzas de la historia, que con el testimonio de todos los siglos afirma “haber hecho la Iglesia con la civilización los oficios de „maestra, de nodriza y de madre”²; sino, por el contrario, restablecida entre ésta y aquéllos la necesaria concordia y armonía, y encauzado hacia una justa y pacífica solución el conflicto, que hoy en día nos horripila, por la eficacia saludable que la regeneración religiosa y moral preste á las reformas y remedios oportunos en el terreno económico, podrá la sociedad alcanzar todavía épocas de mayor grandeza. ¡Que para la sociedad, como para todas las cosas, *nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo!*³ Para la sociedad, para la familia, para los individuos *no hay salud en otro alguno*: NON EST IN ALIO ALIQUO SALUS⁴.

¹ Encicl. *Libertas*.

⁴ Act., IV, 12.

² Encicl. *Inexcrutabili consilio*.

³ Cor., III, 11

V

Indicadas someramente, más bien que expuestas, porque no cabe otra cosa dentro de la índole y los límites de esta CARTA PASTORAL, las nociones fundamentales en orden al problema político-social contemporáneo desde el punto de vista católico, las cuales aspiramos á popularizar, siquiera en debido desquite de tantos desbarros como sobre esta importante materia se propagan cada día entre las gentes indoctas y aun entre las doctas, réstanos corresponder á las generales demostraciones de veneración y afecto, que hemos recibido y continuamos recibiendo de Nuestros muy amados diocesanos, con Nuestra gratitud más ferviente y Nuestro más cordial saludo, á la par que sentimos robustecerse Nuestras esperanzas respecto al buen éxito de Nuestro pastoral ministerio entre ellos. Tales sentimientos y esperanzas, que brotan de lo íntimo de Nuestro corazón, deseamos comunicar en primer lugar, cual procede, á Nuestros venerables Hermanos el Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral de Madrid, ya que constituyendo ellos por derecho el Senado del Obispo, debemos esperar mucho y lo esperamos de su discreto consejo y eficaz cooperación en pro de los sagrados intereses que estamos obligado á fomentar y defender; á Nuestros estimables Abad y Cabildo de la Magistral de Alcalá de Henares, representantes y custodios de

las tradiciones gloriosas que evoca el solo nombre de la antigua Cómpluto; á nuestros Arciprestes, Párrocos y demás Clero secular, que han de ser, según Nos prometemos, celosos colaboradores Nuestros en los ministerios de la santificación y salvación de los fieles, *mostrándose en todas cosas dechados de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de costumbres, en la gravedad, en la predicación de doctrina sana é irreprehensible, para que quien es contrario se confunda, no teniendo mal ninguno que decir de nosotros*¹; á los Superiores, Catedráticos y alumnos de Nuestro Seminario Conciliar, delicado plantel de ministros de la Iglesia, á cuyo cultivo dedicaremos preferentes y asiduos cuidados, que, secundados por la vigilancia y activa labor de los unos y la docilidad y aplicación de los otros, habrán de producir sazonados frutos para gloria de Dios; á las Comunidades religiosas de uno y otro sexo, así las que imitando á María *han elegido la mejor parte*² en la dulce y provechosa soledad de la contemplación, atrayendo sobre el mundo con la oración y la penitencia las misericordias del Cielo, como las que á ejemplo de Marta se consagran al servicio espiritual y corporal de sus prójimos; á las Cofradías, Hermandades y demás Asociaciones piadosas, ya promuevan y sostengan el culto debido á Dios, á la Santísima Virgen y á los Santos, ya se ocupen en obras de caridad ó propaganda del bien; y, por último, á toda la congregación de los fieles de este Obispado, ora á los que dirigen la cosa pública ó ejercen autoridad, en que han de haberse como *ministros de Dios para lo bueno*³, ora á los que están in-

1 Tit. II, 8. 2 Luc. X, 12. 3 Rom. XIII, 4.

vestidos de poder para administrar la justicia temporal, que debe ser reflejo de la eterna, ó deputados para la enseñanza de las verdades humanas, que no son tales si no se conforman con la divina; ora á los que en las distintas manifestaciones de la vida intelectual aportan su concurso á la noble empresa de la general cultura, sin perder de vista que el santo *temor de Dios es el principio de la sabiduría*¹; ora á los que en el trabajo manual de las diversas artes y oficios *comen*, honrada y muy meritoriamente, *el pan con el sudor de su rostro*²: pues á todos por igual amamos con entrañas de padre, á todos *venimos á servir y no á ser de ellos servido*³, y por todos pediremos incesantemente día y noche al Señor para que, creyendo con fe viva y obrando en conformidad á esa fe, *no perezca ninguno, sino que logren la vida eterna*⁴.

Y á fin de interesar más la divina clemencia en favor Nuestro, venerables Hermanos y amados Hijos, á la vez que obtener para Nós las luces y auxilios de que tanto hemos menester, acudimos á la intercesión de la Inmaculada Madre de Dios, á quien profesáis todos amor filial bajo la memorable advocación de la Almudena, á la del fervorosísimo devoto de la misma excelsa Señora y Patrono principal del Obispado, San Ildefonso, á la del que lo es especial de esta Villa, el humilde San Isidro Labrador, á la de los heroicos niños complutenses San Justo y San Pastor, y á la de los demás Bienaventurados, hijos de esta hidalga tierra ó que en vida la ennoblecieron con sus eximias virtudes. Acogidos al patrocinio de tan poderosos valedores, acari-

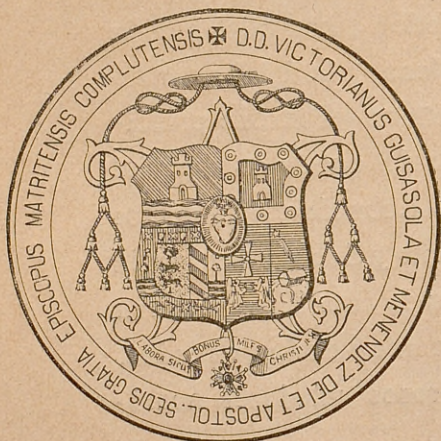
1 Eccli I, 16. 2 Gen. III, 19. 3 Matt. XX, 28. 4 Joan. III, 15.

ciamos la confianza de que de arriba vendrá abundante incremento sobre lo que Nós plantemos y reguemos en esta porción selecta del campo de la Iglesia, y de que, después de las breves y ligeras aflicciones de la vida presente, entraremos un día triunfantes en la Jerusalén nueva, donde *Dios enjugará de nuestros ojos las lágrimas, ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habra más dolor, porque las cosas de antes serán pasadas*¹.

Con tan venturosos augurios y en prenda de Nuestro entrañable afecto, os bendecimos en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. ✠ Amén.

Dada en Nuestro Palacio episcopal de Madrid, firmada de Nuestra mano, sellada con el mayor de Nuestras armas y refrendada por Nuestro Secretario de Cámara y Gobierno, á treinta de Marzo, Domingo de Pascua de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, de mil novecientos dos.

✠ Victoriano, Obispo de Madrid-Alcalá.



Por mandato de S. E. Rvma. el Obispo mi Señor,

Dr. Raimundo Victorero y Bada,

Secretario.

¹ Apoc. XI, 4.

